

El pasado en las claves del presente: el significado histórico para comprender y analizar el mundo actual con rigor

Isidoro Jiménez Zamora, Universidad Francisco de Vitoria, España

Resumen: *El siglo XXI debe apostar por una transmisión de la Historia de manera diferente. Sin perder el rigor académico podemos servirnos de esta disciplina para su uso en las explicaciones de cualquier acontecimiento o situación de crisis que se produce en el mundo actual. Existen nuevas técnicas que nos permiten explicar el sentido de la Historia en cada momento de nuestra vida. Tomando como ejemplo el siglo XVI y el Imperio de Carlos V podemos hacer un ejercicio de análisis que nos conduce fácilmente a claves de actualidad que pasan por el nacimiento del estado moderno, su configuración territorial o la relación de España con América. El afán didáctico de todo lo que contamos debe ser fundamental. Hemos de evitar distorsiones gracias al conocimiento del ayer. La Historia nos ayudará a aportar coherencia al mensaje y a profundizar en la creación de una sociedad rigurosa, tolerante, plural y respetuosa.*

Palabras clave: *historia, comprensión, mundo actual*

Abstract: *The 21st century should bet on a transmission of the History differently. Without losing the academic rigor we can serve this discipline for use in explanations of any event or crisis that occurs in today's world. There are new techniques that allow us to explain the sense of history in every moment of our life. Taking as an example the 16th century and the Empire of Carlos V, we can make an exercise in analysis that easily leads to keys to current passing through the birth of the modern State, its territorial configuration, or the relationship of Spain with America. The didactic eagerness of everything that we have must be fundamental. We must avoid distortions due to the knowledge of yesterday. History will help us to bring coherence to the message and delve into the creation of a rigorous, tolerant, plural and respectful society.*

Keywords: *History, Understanding, Today's World*

A cercarse a las Humanidades es hoy una necesidad del ser humano para intentar encontrar respuesta a las preguntas fundamentales de la existencia. La marginación que han sufrido en el sistema educativo ha terminado en fracaso. El hombre necesita saber quién es, de dónde viene, por qué suceden los hechos y cómo debe plantear el presente y el futuro con el gran objetivo de mejorar la sociedad en la que vive y de dejar un legado sobre el que se pueda seguir construyendo el edificio de la Humanidad.

“La Historia se hace en viaje de ida y vuelta constante del presente al pasado y del pasado al presente”, escribía Jacques Le Goff¹ al referirse a la escuela de la revista de historia *Annales*. En la sociedad global actual nos hemos dado cuenta de que no podemos prescindir de lo que fuimos y de la configuración y el desarrollo de las estructuras políticas, sociales o económicas. A pesar de la rapidez impuesta por una tecnología que no somos capaces de utilizar en positivo y a pleno rendimiento, y frente a ofertas educativas y programaciones de los medios de comunicación dirigidas en muchas ocasiones a rincones bien alejados de la aventura del conocimiento, el hombre necesita saber, investigar y profundizar en todo lo que le rodea. Necesita, en definitiva, encontrar unas claves hoy bastante perdidas.

¹ Ana Teruel (6 de abril de 2014). Jacques Le Goff, la luz sobre la Edad Media. *El País*, p. 46.



Catorce años en el ejercicio de la docencia, de experimentación en los procesos de enseñanza y aprendizaje, nos permiten proponer un cambio de metodología en los campos en los que hemos volcado nuestros esfuerzos y hemos puesto todo nuestro empeño durante este tiempo: la Historia y la Comunicación. Dos palabras, dos sentimientos, dos profesiones mucho más cercanas de lo que seguramente pudiéramos pensar en un principio.

Repensar el proceso

¿Cómo podemos hacer que la Historia esté siempre relacionada con el Presente? ¿Es eso posible? ¿Se corre el riesgo de desnaturalizar el proceso tradicional de enseñanza? No es fácil responder categóricamente a estas preguntas. Desde luego no debemos renunciar a la transmisión de los contenidos fundamentales de la disciplina. Pero hemos de esforzarnos en hacerlo de otra manera. No podemos olvidar que la sociedad actual es la que más información puede tener de cualquier cosa en sólo un segundo. De nada sirve, pues, plantear sesiones académicas basadas en un simple recorrido cronológico por hechos, personajes y fechas importantes. Toda esa información la tiene el alumno o el receptor de los medios con un solo golpe de tecla. Vivimos en la era de la información y todos podemos acceder sin problemas a las fuentes del conocimiento. ¿Pero sabe qué significa esa gran bolsa documental? ¿Es capaz de relacionar unos hechos con otros, de analizar y de extraer conclusiones? Éste es el camino que puede abordar la Historia en el siglo XXI: el diseño y la emisión desde las distintas aulas del saber de procesos múltiples que garanticen que el ciudadano conozca su entorno y encuentre su sitio gracias a la Historia.

Hay pocas cosas tan agradables, y saludables al mismo tiempo, como ver, saber mirar, comprender y analizar todo lo circundante, comprendiendo lo que significa y aportando de manera inconsciente en décimas de segundo nuestro particular grano de arena. El mundo actual necesita a la Historia porque la globalidad internacional nos obliga a estar cerca de cualquier acontecimiento o realidad de cualquier rincón del planeta. La Historia, a partir de las grandes líneas de pensamiento, de las principales corrientes ideológicas y de los procesos políticos, sociales y económicos de los últimos siglos, puede presentarse ya como la herramienta básica para el conocimiento y para la toma de decisiones por parte de gobiernos, instituciones y organismos internacionales. Podemos poner muchos ejemplos pero basta recordar cómo los políticos y los periodistas, y por tanto, una gran masa de ciudadanos, se quedan lejos de los problemas reales de determinados conflictos. Es el caso del desconocimiento con el que se ha actuado desde la Unión Europea en la crisis de Ucrania o la incapacidad de la comunidad internacional al analizar erróneamente los acontecimientos relacionados con la denominada Primavera Árabe.

Necesidad de la Historia

La Historia, en este mundo global, puede convertirse en un auténtico laboratorio de ideas para analizar la sociedad. Joaquín Prats propone hacer de la disciplina un ejercicio de análisis de problemas de las sociedades de otros tiempos para ayudar a comprender la complejidad de cualquier acontecimiento, de cualquier fenómeno político y de cualquier proceso histórico². Esas son efectivamente sus mejores posibilidades formativas que podemos extender más allá de las aulas y llevarlas al conjunto de la sociedad.

El nuevo modelo educativo para la Historia debe sistematizar y estructurar todo el conocimiento pero tiene que estar abierto a los cambios y episodios de cada día. Al disponer el alumno, y el receptor en general, de una gran base de datos, dirigida y orientada por profesores y comunicadores, las aulas (las clásicas y las otras aulas del saber a las que podemos acceder mediante las grandes plataformas multimedia) pueden ser el escenario de análisis y debate que necesita la sociedad actual. Hay que encontrar sentido a todo lo que ocurre y la Historia, la muy antigua y la de ayer mismo, nos dará siempre las respuestas que buscamos. De esta manera lograremos hacer de la disciplina una herramienta aún

² Prats, J. (2001). *Enseñar Historia: notas para una didáctica renovadora* (p. 102).

más útil y recurrir a ella con mucha frecuencia, porque ahí encontraremos las claves. ¿Cómo hemos de enfrentarnos a esta tarea? No hay, desde luego, un modelo fijo y aplicable a cualquier persona y situación. Pero todos podemos estar en disposición de acercarnos a un cambio de modelo.

Para este planteamiento el uso de las múltiples posibilidades de las herramientas de la Comunicación es fundamental. Más que nunca, para mostrar las cosas, para enseñarlas, necesitamos la Comunicación. La información que hoy recibimos de manera instantánea a través de los distintos soportes y de las redes sociales es imprescindible. Por tanto, lo primero que deberíamos tener claro es nuestra apuesta por la información. Porque las cosas cambian más rápidamente que antes y porque cualquier manual o libro de análisis queda obsoleto al poco de ser publicado. Hoy más que nunca cobra sentido decir que la Historia es el Periodismo del ayer y el Periodismo es la Historia del hoy. “No hay más historia que la historia contemporánea” decía Benedetto Croce. No se trata de ser periodistas pero sí de estar muy próximos a todo lo que ocurre a nuestro alrededor. Y desde luego, como defendía Antonio Domínguez Ortiz, debemos escudriñar e interpretar el pasado pero sin meternos en la tentación en la que tantos caen de adivinar el porvenir.

En segundo lugar hay que motivar al alumnado y al resto de receptores con la búsqueda de la información para dar sentido a su vida, y por tanto para hacerles más felices. Podemos empezar por aspectos más triviales, pero más próximos al individuo, y acabar con algo que ven todos los días y no comprenden. Tomemos como ejemplo las elecciones al Parlamento Europeo celebradas el 25 de mayo de 2014. Si el ciudadano es consciente de que las personas que salen en los carteles electorales encabezan la lista de aquellos que les van a representar durante cinco años y van a ser responsables del ochenta por ciento de las más diversas decisiones que van a incidir en su vida, se introducirá poco a poco en el proceso. Y a partir del Parlamento, podremos conocer el resto de instituciones comunitarias y encontraremos sentido a la foto de los jefes de Estado y de Gobierno de los 28. Y empezaremos a descubrir el cambio producido tras la cumbre de Maastricht en 1992 y nos preguntaremos y debatiremos sobre los problemas económicos y las dificultades de la eurozona para mantener una moneda común con políticas fiscales diferentes.

Además de nuestro interés por lo que pasa y de provocar al ciudadano para que entre de lleno en los grandes asuntos, necesitamos recursos, suficientes y bien organizados, para poner todo en marcha. En el caso de los centros educativos, no se trata únicamente de recursos técnicos; es importante disponer de los espacios y los tiempos adecuados, de posibilidades de movilidad dentro y fuera de las aulas, de formación continua y de la colaboración de todos los integrantes de la comunidad.

¿Se puede contar la Historia al revés? Si lo hacemos con el método habitual la respuesta es negativa. Si apostamos por una revitalización de la disciplina en este sentido, es posible, siempre y cuando garanticemos las líneas del tiempo y la evolución del pensamiento. Corremos el riesgo de dar prioridad a pequeñas cápsulas históricas desconectadas; en ese caso nuestro trabajo perdería todo el sentido. Pensemos que no se trata de hacer cambios bruscos en el temario, sino de encontrar sentido a lo que ocurre, de una manera abierta y flexible. Pensemos que todos los acontecimientos y los hombres, sus autores, están no determinados, pero sí condicionados, por lo que nosotros llamamos estructuras que dan la atmósfera en la que se desarrolla temporalmente la vida humana³.

Lógicamente este proceso se puede realizar de manera más fácil en el ámbito de la Historia Contemporánea y es más complicado en la Prehistoria o en el Mundo Antiguo. Pero también hay vías de aproximación en estas edades históricas. La evolución humana es un tema que apasiona a gran parte de la sociedad. Son numerosos los documentales que se emiten por televisión, las publicaciones y las informaciones sobre últimos hallazgos o investigaciones que se difunden por las pantallas. Ahí puede estar, sin ninguna duda, nuestra cadena de unión a unos contenidos que parece que no se mueven y que son muy antiguos, cuando la historia de la Humanidad es un suspiro si la comparamos con la de la Tierra. El paso de las civilizaciones ha dejado su huella en todos los sitios. A partir de ahí podemos motivar al alumnado en el análisis y el estudio de esos restos que son los de sus antepasados, con el fin de intentar dar sentido a su existencia. Y sin olvidarnos de los museos o los yacimientos que nos permitirán profundizar en temas locales o de otra naturaleza. Del pasado, por tanto, tenemos fuentes,

³ Bellver Amará, F. (2001). *El tiempo en la historia* (p. 17).

libros y, desde luego, sus consecuencias en la vida actual, por lo que deberíamos esforzarnos en reconstruir ese ayer de fenómenos y procesos concatenados, en formas diversas y complejas, pero nunca como hechos sueltos ni aislados⁴ por que nuestra labor carecería de sentido.

Son muchos los ejemplos que podemos poner sobre acontecimientos recientes que nos invitan a conocer sus raíces para poder comprenderlos y así emitir mensajes rigurosos. Desde las distintas aulas del saber, incluidas las plataformas audiovisuales y su constante suministro informativo, hay que apostar por transmitir los hechos de una manera distinta: la que conduzca a disponer de las claves que nos permitan dibujar, más allá de un superficial contexto histórico, un nuevo espacio para saber por qué han ocurrido determinadas cosas, cuál puede ser su recorrido, qué tiene que ver la sociedad actual con lo acontecido y qué podemos aportar al conocimiento del suceso. La Historia se presenta como una herramienta imprescindible pero tenemos que hacer que llegue mejor a todo tipo de público. Es el momento de aparcar la mera imposición de datos y fechas. Su decisiva aportación al conocimiento y al análisis de la realidad puede convertirla en algo cada vez más demandado: el sentimiento de la necesidad de la Historia para verificar y dar sentido a nuestra existencia.

En los años 2013 y 2014 hemos asistido a varias abdicaciones de casas reales europeas. Lo que hasta hace poco era una excepción comienza a convertirse en norma ante los cambios del mundo global. Ha habido relevos en Bélgica y Holanda, y hasta el propio papa Benedicto XVI ha dejado el Pontificado. El 2 de junio de 2014 anunciaba su abdicación el rey de España Juan Carlos I. La catarata de reacciones y comentarios ante la noticia ha incluido mensajes coherentes y documentados pero otros muchos, por parte de ciudadanos y también de autoridades políticas, que muestran un profundo desconocimiento de la Historia. Es el momento de repasar y analizar, desde el presente, el papel de la Monarquía en España, los cambios dinásticos o la abdicación de otros reyes. Tenemos que debatir sobre la función de las monarquías parlamentarias en el siglo XXI y comparar los distintos modelos de estado en el marco europeo y mundial. No se pueden emitir juicios simples y sin fundamento porque todo tiene un sentido histórico. En este caso, es necesario un nuevo afán formativo y didáctico para desenmarañar el proceso de relevo en la jefatura del Estado y evitar actuaciones improvisadas, alentadas por quienes afirman que no hay precedentes históricos, creando una imagen de provisionalidad muy alejada de una solidez institucional de siglos. Los acontecimientos no surgen de manera aislada e inconexa ya que responden a una sucesión de hechos que de manera encadenada nos hacen remontarnos a décadas o centurias de historia. Por tanto, en momentos como el del relevo de la monarquía española, estamos ante una oportunidad de oro para hacer de la Historia esa herramienta útil y necesaria. Si fuéramos capaces de mirar más allá de nuestro particular rincón geográfico y de lo acontecido hace un minuto, sería imposible, por ejemplo, que autoridades políticas, intentaran impedir que Leonor, la hija de Felipe de Borbón, fuera Princesa de Gerona, porque sencillamente no tienen competencia para ello, o que desde tribunas periodísticas o políticas se pidiera al nuevo monarca una actuación política ante los numerosos desafíos que vive España, cuando eso es irrealizable porque la Constitución de 1978 define claramente cuáles son las funciones del Jefe del Estado. No podemos ignorar la Historia, incluida la de ayer, y hemos de impulsar nuevos mecanismos para servirnos de ella, desde las más altas instancias del poder, y evitar así situaciones grotescas.

En 2014 recordamos varios acontecimientos de primera magnitud que nos sirven para insistir en la necesidad de conocer bien los hechos para conocernos a nosotros mismos. Nos referimos al centenario de la Primera Guerra Mundial o al setenta aniversario del desembarco de Normandía. No estamos hablando sólo de guerras y de víctimas, retratadas en decenas de películas y series de televisión. Las efemérides nos deben servir para asentar los principios de libertad, justicia y solidaridad que el ser humano empezó a alcanzar después de muchos siglos. No podemos quedarnos sólo con la imagen de una playa con cientos de soldados o con las trágicas secuencias de los campos de concentración. El mundo actual se articula en torno a los conflictos internacionales vividos en el siglo XX. Cualquier enfoque de problemas actuales no puede perder de vista lo que viene ocurriendo desde hace décadas. La evolución de las ideologías, los corrimientos fronterizos o la convivencia de culturas y de pueblos no es algo que se pueda explicar por un hecho puntual protagonizado por una per-

⁴ Sánchez Quintanar, A. (1995). Enseñar Historia en la Universidad y fuera de ella. *Perfiles Educativos*, 68.

sona o una colectividad. Hay que insistir de nuevo en que no podemos saber lo que pasa en este momento con un conflicto determinado si no conocemos su origen y su evolución histórica.

En la Historia de España hay una etapa, el siglo XVI, que no es bien conocida por los ciudadanos. Su aproximación es a través de alguna novela histórica o de series de ficción como la que tiene como protagonista a Isabel la Católica. Es cierto que los planes de estudio actuales en España dificultan el conocimiento en profundidad de la Edad Moderna porque necesita más horas y una mejor ubicación en el itinerario educativo. Además hay que añadir la leyenda negra y la construcción a su antojo que de los acontecimientos históricos de esta etapa han hecho y vienen haciendo políticos, foros nacionalistas, asociaciones culturales, etc. No se trata de exagerar el papel de España en ese momento, sino simplemente de colocarla en el lugar que le corresponde como uno de los países más antiguos del mundo.

Alguien podría preguntarse: ¿Qué tiene que ver Carlos V con el mundo actual? ¿Cómo puedo estudiar y conocer esa época conectándola con el Presente? Las circunstancias han cambiado, los tiempos son muy distintos, la sociedad es diferente. Pero si ahondamos en esos años nos daremos cuenta de que, al margen de la huella artística y nominal, hay ideas, problemas y situaciones de hoy que no podemos comprender perfectamente sin recurrir a siglos atrás. Hemos, pues, de encontrar las claves de ese pasado que nos ayudarán a ver de otra manera el presente para dar sentido a nuestra vida. A diferencia de lo que ocurre con los hallazgos de nuevos restos de homínidos o de las conmemoraciones de la Primera o la Segunda Guerra Mundial, los medios de comunicación suelen ver con distancia y dificultad el siglo XVI, por desconocimiento y por cuestiones de audiencia, entre otras. Pero si hacemos un pequeño esfuerzo buscaremos y encontraremos. La Fundación Academia Europea de Yuste otorga todos los años el Premio Europeo Carlos V, que en su edición de 2013 recayó en el presidente de la Comisión Europea, José Manuel Durão Barroso. Su discurso de agradecimiento apenas fue recogido por los medios audiovisuales, a través de los cuales llega la información a más del noventa por ciento de los ciudadanos españoles. El tan debatido asunto del europeísmo a lo largo de los siglos tuvo en el monasterio extremeño de Yuste un momento extraordinario para estudiar el compromiso europeo en el conjunto de su riqueza y diversidad cultural. Durão Barroso pronunció estas palabras:

Este acto, aquí en Yuste, en esta región, ha permitido además el encuentro entre los gobiernos de Portugal y de España; y este encuentro refleja bien el acercamiento cada vez más notable entre nuestros dos países, en el esfuerzo de proyectar y orientar los ideales y los valores europeos. España y Portugal han difundido en el pasado la civilización europea por tantas regiones del mundo y ahora trabajan juntos en reforzar el proyecto europeo, haciendo Europa cada vez más relevante en el mundo. (Durão Barroso, 2014)

Podemos aprovechar pues este encuentro en las aulas ordinarias y en las otras aulas del conocimiento, para difundir los ideales europeos y para explicar y conocer el protagonismo de los países citados y el de otros en la construcción de la Historia de la que somos herederos. Y es que, como dijo Jean Monnet en 1952, y recuerda en este mismo discurso el presidente de la Comisión Europea⁵, “la unión de los pueblos en la libertad y la diversidad, la revolución que quiere hacer posible un nuevo desarrollo de nuestra civilización y permitirle un nuevo renacimiento, se inicia en estos días en que se constituyen las primeras instituciones supranacionales de Europa...” Tenemos que saber que el modelo de la Unión Europea ha logrado el período de paz y prosperidad más duradero y con mayores perspectivas de futuro que ha disfrutado Europa en su milenaria, conflictiva e incluso dramática historia⁶. ¿Podemos saber mucho mejor quiénes somos y de dónde venimos si profundizamos en estas palabras y buscamos su sentido a través de siglos de Historia?

En esa misma centuria el protagonismo internacional del emperador Carlos V y de su hijo el rey Felipe II es más que notable. Estamos ante el comienzo de la colonización de las tierras americanas que dejarán la huella europea durante trescientos años en países que hoy no conocemos completa-

⁵ Durão Barroso, J. M. (2014). Discurso al recoger el Premio Europeo Carlos V en el monasterio de Yuste (Cáceres) el 16 de enero de 2014.

⁶ Falcó, C. (25 de enero de 2014). Yuste, Kiev y Barcelona. *ABC*, p. 16.

mente si ignoramos esa presencia. Nos referimos a la lengua, la cultura, la religión o a las estructuras urbanísticas. ¿Podemos viajar a Venezuela o Argentina sin pensar en la actuación española en aquellos territorios durante tres siglos?

La religión ha articulado la vida de las personas desde hace mucho tiempo. Todo ha cambiado, especialmente en Occidente, pero la presencia religiosa está en cada ciudad, en cada pueblo, en cada museo. También en el siglo XVI hallamos las claves de la división religiosa del continente a partir de la Reforma protestante. Hay que reformular la transmisión tradicional de la Historia para que nuestros viajes físicos o virtuales a dependencias administrativas, monumentos históricos o museos de Reino Unido o de Alemania tengan sentido, para que sepamos por qué son así y cómo han llegado cinco siglos después a la situación actual, sin incurrir en preguntas repletas de ignorancia, o lo que es peor, en no hacernos preguntas porque todo lo vemos igual y porque las cosas no nos dicen nada. Las diferencias religiosas y culturales entre el norte y el sur de Europa son evidentes, pero esa evidencia tiene que tener una explicación: la del conocimiento. La transformación religiosa del continente en el siglo XVI puede estar arrinconada en el tema correspondiente del temario habitual de la asignatura de turno. Pero las aulas del saber han de hacer un esfuerzo para redistribuir la colección de fechas y datos con el fin de darles sentido y reactivarlas desde el presente. ¿Es posible conocer y disfrutar del arte que me ofrecen los templos góticos y renacentistas europeos sin saber su significado constructivo e iconográfico?

La Historia de Europa es la historia de sus pueblos y de sus naciones, y también de sus rivalidades y enfrentamientos. En los inicios de la Edad Moderna nos encontramos con múltiples ejemplos que nos ayudarían a comprender los motivos de esas disputas. Es el caso de la enemistad y de la pugna permanente entre el emperador Carlos V y el rey francés Francisco I, y los problemas fronterizos derivados de ello. Es muy difícil averiguar el sentimiento de localidades como Perpignan, hoy en territorio francés, sin conocer su pasado español, al igual que ocurre en el Milanesado o en Nápoles, en la península itálica.

Como consecuencia de los enfrentamientos de la época, y especialmente de los ataques que los corsarios musulmanes organizaban contra las costas españolas, gran parte del litoral ha de defenderse con fortificaciones y con una política constructiva pensada básicamente para frenar las agresiones. Cualquier aproximación, de todo tipo, incluida la turística, no puede ignorar lo que allí ocurrió, motivo por el cual la fisonomía y algunos trazados urbanísticos están directamente relacionados con lo acontecido hace siglos. Determinados sucesos o actividades culturales celebradas en la costa mediterránea deberían ser aprovechados para transmitir conocimientos, o lo que es lo mismo, para intentar responder a preguntas que hoy todavía podríamos plantearnos porque gran parte de nuestros problemas siguen siendo los problemas de ayer.

Una buena información y un buen conocimiento de las bases fundamentales de la Historia impedirían escuchar o leer algunos comentarios relacionados con la inmigración o con las dificultades de convivencia entre algunos pueblos y religiones. No olvidemos que la presencia musulmana con control político del territorio acaba precisamente a finales del siglo XV en la península Ibérica, es decir hace más de quinientos años tras permanecer casi ochocientos bajo el poder califal. No se trata de justificar nada, sino de comprender con amplitud de miras el porqué de todo y evitar juicios simples y muchas veces vacíos de contenido. El enfoque de las situaciones actuales relacionadas con la inmigración procedente del norte de África se hace descontextualizado y sin la información precisa sobre la situación de millones de personas que tienen que huir de sus lugares de origen por cuestiones políticas o económicas. Nuestra defensa de la libertad y del derecho de los pueblos nos obliga a estar mejor informados con un buen uso de la Historia para comprender mejor la realidad que nos rodea y poder ofrecer, si es posible, propuestas de mejora ante los problemas del mundo global.

Otros aspectos destacados de la Historia del siglo XVI, como la crisis económica, las manifestaciones artísticas y literarias o las desigualdades territoriales, nos permitirían igualmente extraer conclusiones fundamentales para encajar perfectamente nuestra visión del presente. Y desde luego, por lo que respecta a España, sería altamente positivo para conocer la configuración territorial del Estado. En pleno aumento del fervor nacionalista y con crecientes procesos soberanistas, como ocurre en Cataluña, el simple estudio del origen de los condados y los reinos peninsulares, la unión

de coronas y los compromisos conjuntos durante los últimos siglos harían inviable cualquier defensa de historias paralelas que han surgido en los últimos años y que sólo pueden ser creíbles desde diminutas aulas del saber, cerradas a las demás, y sin tiempo ni medios para recurrir a las fuentes. En la configuración del Estado moderno español a partir de los Reyes Católicos y con el respeto y el acuerdo general de sus reinos, encontramos la esencia de una de las naciones más antiguas del mundo. Sobre este asunto podríamos estar debatiendo todos los días, en las aulas y en los medios de comunicación, sobre su formación, su consolidación y, por supuesto, sus aspectos más problemáticos. Desde el respeto a quienes defienden posiciones históricas basadas en la extracción de conclusiones muchas veces alejadas de los propios hechos y de los testimonios de los que protagonizaron y escribieron la Historia, una mirada más abierta y plural a los siglos XVI y XVII nos permitiría encontrar muchos puntos de encuentro y abundar en situaciones de crisis territorial más relacionadas con cuestiones económicas y sociales que con las identitarias. Aunque la situación cambió de manera capital en el siglo XVIII con el advenimiento de los Borbones, los territorios peninsulares actuaron en la mayor parte de las ocasiones de manera conjunta y con pocas fisuras. No se trata de que la Historia profundice en el enfrentamiento entre los distintos modos de ver las cosas, sino que sepamos utilizarla para que nos muestre la riqueza de su interior y que logremos evitar lo que parece hoy prácticamente imposible: su uso político para satisfacer y dar respuesta a intereses partidistas.

Una enseñanza de la Historia para el siglo XXI

Las Humanidades, y en particular la Historia, pueden y deben ser hoy más demandadas porque han de contribuir como pilar básico a nuestra formación como miembros de la comunidad global. Como dicen los profesores Juan Carlos Pereira y Carlos Sanz Díaz, quien no sabe de dónde viene ni siquiera es capaz de comprender su lugar en el mundo⁷. Hemos de proponer un nuevo modelo que sirva para recuperar y consolidar su poder de conocimiento. La responsabilidad es de toda la sociedad, desde los docentes a los comunicadores pasando por las autoridades políticas o económicas. La Historia no puede renunciar a sus principios, sus objetivos, sus múltiples enfoques y metodologías, etc., pero debe construir nuevos caminos para ayudar al hombre en el siglo XXI. Puede ser el laboratorio que necesita el ciudadano de una sociedad libre que analiza críticamente y fomenta el pensamiento. Es cada vez más necesaria, como afirma Joaquín Prats, para formar personas con criterio y para comprender críticamente nuestra propia identidad⁸.

- La Historia puede ayudarnos a comprender absolutamente todos los acontecimientos que están a nuestro alrededor (políticos, económicos, culturales, sociales...).
- Hay que plantearse, con entusiasmo y con rigor, que todo el pasado se puede contar desde el presente.
- Todas las aulas del saber deben contar siempre con la Historia para comunicar a la sociedad el conjunto de los hechos noticiosos, así como su origen y desarrollo histórico.
- El uso correcto de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación es fundamental para una buena transmisión y contextualización de los hechos históricos.
- Los receptores, alumnos y sociedad en general, deben encontrar atractivo, interesante y útil el mensaje histórico, que podemos relacionarlo siempre con la propia existencia del ser humano.
- No es necesario romper bruscamente con los planteamientos tradicionales de la disciplina sino adecuarlos y diversificarlos ante las exigencias de la sociedad global.
- Los líderes y creadores de opinión pública, cada vez más numerosos a través de las redes sociales, deben concienciarse de que sus mensajes han de tener rigor histórico y han de contribuir al conocimiento del mundo sin cerrar puertas al ser humano.

⁷ Pereira, J. C. y Sanz Díaz C. (11 de abril de 2014). Saber de dónde venimos. *El País*, p. 27.

⁸ Prats, J. (2007). La Historia es cada vez más necesaria para formar personas con criterio. *Revista Escuela*.

- La presencia constante del análisis y del debate histórico en la sociedad servirá para comprendernos mejor y actuar con profesionalidad, respeto y tolerancia en proyectos y tareas de unión y no de enfrentamiento.

El Pasado nos ayuda a desentrañar las claves del Presente porque nos asiste siempre y en todos los casos. La Historia no puede faltar porque atañe a la propia vida de los seres humanos, considerados como sociedad y contemplados en su desarrollo temporal⁹, como apuntaba Julio Valdeón. La sociedad necesita más y mejor información sobre los hechos históricos para encontrar sentido a la realidad que le rodea, y el siglo XXI debe apostar por una transmisión de la Historia de manera diferente, sin renunciar al rigor académico. Como dijo José Álvarez Junco¹⁰ en su despedida de las aulas “lo que ha de hacer un profesor es poner a pensar a sus alumnos, que la mente del estudiante funcione”, lo que deberíamos extender a toda la sociedad. Hay que redoblar los esfuerzos didácticos con el fin de contar las cosas con pasión a unos receptores motivados que buscan respuestas a sus preguntas. Y lo podemos hacer, huyendo de distorsiones y manipulaciones, para lograr el gran objetivo: hacer de la Historia un instrumento útil al servicio del ciudadano y de una sociedad libre, plural y tolerante.

⁹ Valdeón Baroque, J. (1999). ¿Qué Historia enseñar? *Tarbiya*, 29, p. 182.

¹⁰ Cruz, J. (23 de enero de 2014). El “historiador heterodoxo” se despide de ustedes. *El País*, p. 41.

REFERENCIAS

- Bellver Amaré, F. (2001). *El tiempo en la historia*. Zaragoza: Edelvives.
- Bullón, P. (1998). Profesionales en la red: Historiadores. La memoria no volátil. *iWorld*, II, 6.
- Novak, J. (1998). *Conocimiento y aprendizaje*. Madrid: Alianza Editorial.
- Prats, J. (2001). *Enseñar Historia: notas para una didáctica renovadora*. Mérida: Junta de Extremadura.
- (2007). La Historia es cada vez más necesaria para formar personas con criterio. *Revista Escuela*, 3753, pp. 22-23.
- Sánchez, P. (1991). El valor de la historia y los valores en la enseñanza de la historia. *Revista Complutense de Educación*, II, pp. 309-322.
- Sánchez Quintanar, A. (1995). Enseñar historia en la universidad y fuera de ella. *Perfiles Educativos*, 68, pp. 45-48.
- Valdeón Baruque, J. (1999). ¿Qué Historia enseñar? *Tarbiya*, 21, pp. 77-78.
- Vivancos, J. (2007). *Tratamiento de la información y competencia digital*. Madrid: Alianza Editorial.

SOBRE EL AUTOR

Isidoro Jiménez Zamora: Es historiador, periodista y profesor universitario. Ha ejercido su labor docente en el ámbito universitario y en la educación secundaria en la especialidad de Geografía e Historia. Hasta 2012 fue director del Instituto Profesor Emilio Lledó (Numancia, Toledo). Asimismo ha participado como asistente y ponente en varios congresos y seminarios relacionados con la Historia, la Comunicación y la Educación. Como periodista ha trabajado en la Cadena SER y TeleMadrid, de la que fue subdirector de los Servicios Informativos. En la actualidad es profesor de Periodismo, Comunicación y Relaciones Internacionales en la Universidad Francisco de Vitoria, miembro del Instituto Schuman de Estudios Europeos e investigador sobre la Sociedad, Economía e Instituciones en la España de la Edad Moderna (UNED).